

Oriente por los sultanes árabes y turcos, que hicieron en él espantosos daños; y en el mar por enjambres de piratas, sin contar las armadas de todo pabellon legítimo, le anunciaban todos los días la pérdida de alguna ciudad, de alguna isla, de alguna provincia. Por último, su política, tan limitada como su ciencia militar, hizo fuesen estremados todos sus males.

En este reinado tan despreciable fué cuando, estinguida la monarquía de los sultanes de Iconio por las disensiones y las guerras civiles, lejos de aprovecharse de una ocasión tan propicia, toleró que despues de la muerte del último sultan selyoucida, Gayatedino-Masod, muerto en una batalla que le dieron sus propios súbditos, Othman, hijo de Ortogrul, nieto de Soliman y padre de Orcan, nombres tan funestos á Constantinopla, echara los formidables cimientos del poder otomano (1299). El atrevido Othman, que habia ido de las orillas del Eufrates á probar fortuna con el último sultan de Iconio el cual le hizo emir de una pequeña provincia inmediata á los montes de Armenia, se hizo independiente despues de la muerte de su señor, á ejemplo de otros emires en número de diez. Con la persuasión ó con la fuerza de las armas los sometió á todos á sus leyes, y desde entonces quitó á los griegos las mejores ciudades en el Asia menor, y especialmente la de Prusa en Bithynia, que hizo su capital, y donde principió á levantar aquel enorme coloso, que mas adelante arruinó á la nueva Roma. Hacia el último año del siglo XIII tomó el título de sultan, siendo el primero de su linage que le tuvo (1). Esta nueva dinastía de los turcos hizo rápidos progresos contra los griegos, durante su rompimiento con los latinos. No se nota que el Papa Honorio en el espacio de su pontificado,

(1) Pachym. lib. 3, cap. 8; Ann. Turc. Calicoud.

que fué de dos años y un día, ocupara su solicitud en los asuntos de Oriente.

Por su muerte, acaecida en 3 de abril de 1287, estuvo vacante la Santa Sede mas de diez meses, á causa de una epidemia cruel que arrebató á muchos cardenales, y obligó á los demas á separarse. Por fin, en 15 de febrero de 1288 eligieron unánimemente y al primer escrutinio al sábio Gerónimo de Ascoli, del orden de frailes menores, cardenal obispo que era ya de Palestrina, y distinguido por sagacias importantes. Dos veces renunció á eleccion, y no consintió en ella hasta pasados siete días: diéronle el nombre de Nicolao IV. Este es el primer religioso de San Francisco que ascendió á la Cátedra de San Pedro.

Desde el primer año de su pontificado confirió á los religiosos de su orden el oficio de inquisidores en muchas provincias, particularmente en el condado Venasi, poseido al fin por la Iglesia romana, que tenia pretensiones á este dominio desde el tiempo de Urbano II. Poco despues la Inquisicion fué puesta en vigor en Venecia por el mismo Pontífice, con el beneplácito de la república, que llegó á establecer un tesorero encargado de administrar el dinero indispensable para la pesquisa de los herejes: pero este oficial percibia el producto de todos los actos de este tribunal erigido en aquella ciudad antes del pontificado de Nicolao IV, pues la constitucion dada con este fin por aquel Pontífice, aunque la mas antigua que se conoce, supone sin embargo establecida ya en Venecia la inquisicion (1). En el mismo año de 1289 erigió el Papa Nicolao en universidad la escuela de Montpellier, que era ya muy célebre por el estudio de la medicina y de la jurisprudencia. Con todo, aunque autorizó en ella la enseñanza y estudio de toda facultad lícita,

(1) Vading. ann. 1289, núm. 14; Rain. num. 54.

no permitió dar la licenciatura y el título de doctor mas que en artes, en medicina y en ambos derechos (1).

En el año siguiente obró en París la Santísima Eucaristia un milagro, cuya memoria no ha podido ser borrada por el largo espacio de cinco siglos ya transcurridos. Una pobre muger habia dejado su ropa en prenda á un judío por el préstamo de treinta sueldos, que valian entonces medio marco de plata. Algunos días antes de Pascua, 2 de abril, pidió al judío la volviera su ropa para esta festividad, á fin de poder cumplir con mas decencia la obligacion pascual. «Con mucho gusto, dijo el judío, y aun os la dejaré para siempre y sin interés, si queréis traerme el pan que recibís en la iglesia, y que vosotros los cristianos llamais vuestro Dios, porque quisiera ver si lo es efectivamente.» Fué aceptada su proposicion; la muger recibió la comunión en San Meri su parroquia, guardó en secreto la Santa Hostia y la llevó al judío. Púso'a este sobre una mesa, la dió de cuchilladas y vió salir de ella sangre. Su muger acudió con espanto, é hizo todos sus esfuerzos para impedirle pasar mas adelante en la impiedad; pero endurecido mas y mas aquel corazón, traspasó con un clavo la Hostia, y de nuevo volvió á derramar sangre; echóla al fuego, pero salió de él entera, y anduvo revoloteando por la habitacion; la puso por último en agua hirviendo, y al momento quedó esta ensangrentada. Volviendo á levantarse otra vez la Hostia, se dejó ver entonces en forma de un Crucifijo (2).

La casa donde se obró esta maravilla estaba en la calle de los Jardines, que segun dicen, ha tomado por nombre la de Billetes, especie de barrilillos que servian de muestra

(1) Duboul. tom. 3, pag. 488; Rain. num. 51.

(2) Leblanc., Mon. pag. 403; Dubr. Ant. Paris. 977; Dubois. Hist. pag. 513; Lab. Bibl. tom. 1, pag. 663.

para el comercio del judío. Uno de sus hijos, muy jóven aun, estaba á la puerta á tiempo que tocaban á misa en Santa Cruz de la Bretonería, y dijo á muchas personas que iban á oirla: «no encontrareis ya á vuestro Dios: porque mi padre acaba de matarle.» La mayor parte no hicieron alto en el dicho de un niño; pero una muger mas curiosa que los demás, entró en la casa con pretesto de tomar un poco de jumbre. Vió la Hostia santa que estaba todavia dando vueltas, y que descendió por sí misma al vaso preparado para poner el fuego. La llevó al cura de la parroquia, que era la de San Juan de Greve, y le hizo relacion del caso en presencia de una multitud de gentes que el rumor de un suceso tan extraordinario aumentaba por instantes. El obispo de París, Simon de Bussi, hizo prender al judío con toda su familia. Su muger y sus hijos se convirtieron; mas el infeliz profanador, confesando su delito, perseveró en el endurecimiento, y abandonándole al preboste de París hizole este quemar.

La Hostia milagrosa se conservaba preciosamente hasta estos últimos años en la iglesia de San Juan de Greve. El cuchillo con que fué traspasada, y el vaso donde fué á colocarse en manos de la muger cristiana, estaban en los Carmelitas de la calle de los Billetes, establecidos en el sitio donde estaba la casa del sacrilego. En el año de 1295 un habitante de París, llamado Ragnerio Flaming, hizo levantar allí un oratorio, que se tituló *capilla de los milagros*. El rey Felipe el Hermoso puso en él, cuatro años despues, á los frailes hospitalarios de la Caridad de nuestra Señora, á quienes reemplazaron los carmelitas. Este milagro, atestiguado por todos los ciudadanos de París, pasó por tan incontestable entre los extranjeros, que Juan Villani (1), autor

(1) Lib. 7, cap. 136.

contemporáneo, muy sincero y mas dado á la detraction que á la admiracion, creyó que debia darle lugar en su Crónica. Se cree que el obispo Simon Matifas, de quien acabamos de hablar, ó Simon Bussi, llamado de este modo por el lugar de su nacimiento en el territorio de Soissons, fué el primero que hizo celebrar en su iglesia de Paris el oficio de la Concepcion de la Santísima Virgen, fundado por su predecesor Rainaldo ó Renoldo de Homblonier, quien dejó con este intento trescientas libras de Paris.

Por el mismo tiempo se acusó á los judíos de haber cometido otros varios atentados contra los cristianos, y particularmente de haber crucificado en diversos paises un gran número de niños. La mayor parte de estas imputaciones están fundadas en monumentos muy sospechosos, para que no temamos el infamar injustamente á una nacion, en cuya conversion debemos mas bien trabajar. Sin embargo, la historia del jóven Verner, consignada en el depósito de erudicion menos sospechoso en este género (1), merece que la refiramos. Este jóven cristiano, nacido en la campiña y acostumbrado desde su infancia á vivir de su trabajo, pasó á la ciudad en la edad de catorce años, y se puso á jornalero en casa de unos judíos de Vesel en la diócesis de Tréveris, para cavar en una bodega. Noticiosa de esto una muger caritativa que le habia alojado en su casa, le dijo: «¿En qué piensas Verner? Estamos ya en viernes santo, y los judíos te comerán.» El inocente y piadoso jóven contestó: «Yo no puedo vivir sino del trabajo, mi vida está en manos de Dios.» El jueves santo se confesó, comulgó y fué poco despues á su trabajo. Los judíos bajaron tras él á la bodega, y le metieron al instante una bala

(1) Boll. tom. 10 pag. 700 ad 19 Apr.

de plomo en la boca para que no pudiera gritar; luego le ataron á un poste con la cabeza abajo para hacerle arrojar la Hostia que habia recibido. No pudiendo lograrlo, lo erugieron á azotes; despues con un cuchillo le abrieron las venas del cuerpo, y las comprimieron con tenazas para sacar de ellas toda la sangre. Tuviéronle por tres dias colgado, ya de los pies, ya de la cabeza, hasta que cesó de arrojar sangre (1287).

Semejante atrocidad no pudo consumarse con tanto secreto, que dejara de entrever algo una criada cristiana que tenian aquellos judíos. Participó al juez del pueblo, pero el dinero de los judíos le cerró la boca. Con todo creyeron necesario sacar de noche el cadáver, y fueron á ocultarle en el hueco de una roca, cubriéndole de zarzas y abrojos. No lejos de este lugar inculto habia muchos de aquellos castillos que servian á las hostilidades intestinas que los señores alemanes, erigidos en otros tantos soberanos, ejercian de continuo unos contra otros. De lo alto de aquellas fortalezas observaron los centinelas, por espacio de muchas noches, que una luz muy viva centelleaba sobre la caverna que ocultaba el cadáver. La continuacion de este fenómeno les condujo por fin á aquel sitio. Sacaron de él el cuerpo muerto; le trasportaron al tribunal de justicia mas contiguo, que era el de Bacharae, y cundió la voz en todo el distrito; la criada que habia hablado ya, fué á confirmar su dicho. Sepultaron á Verner en una capilla vecina, donde concurrieron muchas gentes, y obró el Señor muchos milagros, segun la deposicion de esta multitud de testigos, y prendieron luego al rabino de Vesel. Es verdad que el emperador Rodolfo mandó ponerle en libertad, condenó á los habitantes de Vesel á una buena multa, y obligó al arzobispo de Maguncia á publicar en el púlpito que los cristianos acusaban falsamente á los

judíos; mas debe tenerse en cuenta que estos habian prometido al principe veinte mil marcos de plata, y en tanto que el arzobispo predicaba, mas de quinientos de ellos asistian armados para amedrentar á los fieles (1).

Ibase debilitando de dia en dia el afecto á las cruzadas. Habiendo propuesto el Papa Nicolao al rey de Francia tomase la Tierra Santa bajo su proteccion, Felipe, á consulta de su Consejo, rehusó esta comision, aunque al parecer tan honorífica. Con todo, este Papa desde el principio de su pontificado habia concebido grandes esperanzas de recobrar los Santos Lugares, á vista de las promesas de auxilio que le habian hecho á este objeto los embajadores de Argou, kan de los tártaros mogoles (a).

(1) Boll. lib. 7, pag. 703.

(a) Tambien á D. Jaime, rey de Aragon, habia enviado sus embajadores el kan de los tártaros con igual objeto. Despues de la primera embajada envió allá don Jaime á Juan Alarico, natural de Perpignan, para que fué á los tártaros y se informase bien de todo. Hallábase D. Jaime en Toledo para asistir á la primera misa de su hijo el infante D. Sancho que habia sido nombrado arzobispo de Toledo, cuando llegaron los nuevos embajadores con Alarico, solicitando de D. Jaime le ayudase á la reconquista de Tierra Santa, á lo que concurría tambien el emperador de Constantinopla Miguel Paleólogo. Agradó al aragonés aquella escitacion, pues como él mismo dice en sus comentarios, «jamás á rey alguno se habia presentado ocasion mas propicia para acometer una grande empresa.» De muy diferente modo opinó el rey de Castilla don Alfonso, el cual viendo eran inútiles los esfuerzos que hizo para disuadir de su proyecto al aragonés, y no queriendo dejar de cooperar por su parte á una empresa tan santa por su objeto, le dió cien mil maravedís de oro y cien caballeros del orden de Santiago al mando del gran maestre don Pelayo Correa para que le acompañaran. Marchó pues de Toledo don Jaime y se dedicó solícito á preparar la flota para su expedicion. Dispuestas que tuvo treinta naves gruesas y algunas galeras, dejando por lugarteniente del reino á su hijo don Pedro y no bastando los ruegos ni las lágrimas de hijos y nietos para que renunciase á aquel viaje; dióse á la vela con su armada en Barcelona el 4 de setiembre de 1289. Pero se le mostraron tan contrarios los elementos, y sufrió tan terribles borrascas; que rotas y desarboladas la mayor parte de las naves, causado de luchar contra tan larga y deshecha tormenta como se habia movido, persuadióse de que eran inútiles toda su voluntad, toda su resolucion y toda su porfia. Afortunadamente pudo la escuadra arribar al puerto de Aguas Muertas en Francia, desde donde don Jaime regresó por Montpellier á Barcelona, persuadido

Habia sido substituido este principe á su tio Ahmed, que se habia atraído el odio de su nacion haciéndose musulman. Por el contrario, mostró Argou mucha aversion al mahometismo, y fué muy favorable á los cristianos: disposicion que perseveró entre los mogoles, aun mucho tiempo despues de haber cedido al contagio del mahometismo, casi universal en Asia. Por lo que hace á Argou kan, sus embajadores aseguraron al Papa Nicolao de parte de su amo, que convertiria el templo de la Mecca en iglesia, y que recibiria el bautismo en Jerusalem despues de haber librado á esta ciudad del poder de los infieles; pero todavia no se ha visto ningun fruto de estos proyectos.

Todo caminaba á la ruina irreparable del poder cristiano en Palestina. Enrique II, rey de Chipre, descendiente por línea masculina de los condes de Poitou, se sirvió de la rebelion de los sicilianos contra el duque de Anjou para hacerse coronar rey de Jerusalem. En el segundo año de este nuevo reinado, el sultan de Egipto Kélaouf-Malec, por otro nombre Saifedino, despues de dispersar junto á Emesa el ejército de los tártaros, marchó á sitiar la plaza fuerte de Trípoli, que él mismo gran Saladino no habia osado acometer. Tomó por asalto la ciudad, y la entregó á las llamas (1288) (1). Entonces quedó destruida del todo la antigua Trípoli, cerca de la cual hizo el sultan edificar poco despues la ciudad que lleva el mismo nombre. Concluyó sin embargo una tregua con el rey Enrique, el cual permaneció dueño de Acre y de algunas otras plazas en el continente de Asia.

Despues de este tratado llegaron á Acre unos mil seiscientos cruzados, que decian

(1) Rain. ann. 1280.

ser enviados por el Papa. Pero no había ya subordinación ni concordia en una ciudad que rebosaba en habitantes, mirándose entre sí como extranjeros y refugiados sin orden ni disciplina en aquella plaza de armas, casi la única que quedaba á los cristianos en aquellas regiones. El rey de Chipre y de Jerusalem, el príncipe de Antioquía, los condes de Tiro y de Trípoli, los templarios y los hospitalarios, los cruzados mantenidos por los diversos soberanos de Europa, todos hacían allí su mansión y tenían sus tribunales en número de diez y siete, de los cuales cada uno pretendía la independencia (1). En medio de esta confusión, los cruzados que llegaron últimamente no quisieron observar la tregua, alegando que no habían tenido parte en ella, y que según una costumbre inmemorial no había obligación de guardar esta suerte de convenciones con los infieles, cuando alguno de los principales soberanos del occidente juzgaba á propósito romperlas. Salieron furiosamente de la ciudad á banderas desplegadas, asolaron la comarca y degollaron á los moradores de muchas aldeas. Reclamó el sultán, mas no fueron oídas sus quejas, y en consecuencia marchó con un numeroso ejército resuelto á exterminar cuantos latinos quedaban en Siria. Murió en el camino; pero antes de espirar encargó á su hijo Kalil-Asraf que no sepultase su cuerpo sin haber reducido antes á Acre.

Envistió el nuevo sultán á la infeliz Ptolemaida, á principios del mes de abril de 1291, con ciento cincuenta mil hombres y sesenta mil caballos. Tomó la ciudad por asalto el 18 del mes siguiente, al cabo de cinco semanas de sitio. La mayor parte de los cristianos se retiraron por el mar, cuyo

(1) MS. Vict. num. 974; Vill. lib. 8, cap. 133; S. Antonin. hist. tom. 3, pag. 231.

paso tenían libre. El rey Enrique huyó vergonzosamente á favor de las tinieblas, con los auxilios que había llevado de Chipre y otros tres mil combatientes (1). Nicolás, último patriarca latino de Jerusalem, quedó sumergido en el mar con la chalupa en que iba, por haber admitido en ella por caridad crecida multitud de personas (2). Los templarios y los caballeros teutónicos se acantonaron en la casa del Temple, donde se defendieron todavía algún tiempo. Por fin, habiéndose rendido por composición, fueron todos degollados ó arrojados á las cadenas sin respeto al tratado. Los infieles pasaron á cuchillo á todos los cristianos que al pronto se les presentaban á la vista y llevaron á todos los demás en cautiverio. Los degollados ó esclavos fueron sesenta mil, á pesar de la muchedumbre que había escapado por mar, de los que la mayor parte se refugiaron en la isla de Chipre. La ciudad llena de inmensas riquezas desde que había venido á ser el centro de todo el comercio de Levante con el Occidente, fué abandonada al saqueo: destruyeron luego sus muros, sus torres, sus iglesias, sus casas y la prendieron fuego por cuatro partes.

En Ptolemaida había un monasterio de religiosas de Santa Clara, de cuya castidad heroica debemos hacer mención. Así que supo la abadesa que los mahometanos estaban en la ciudad, juntó capítulo y dijo á las hermanas: «haced, hijas mías, lo que me viereis hacer, y no vacileis un instante en consentir que sea desfigurada esta carne corruptible, á fin de conservarnos puras para el divino Esposo.» A estas palabras, sacando una navaja se cortó la nariz y se aplaudió de ver desfiguradas todas sus facciones con el hierro y la sangre. Todas las religiosas á su ejemplo se disputaron al pa-

(1) Nang. Chr. ann. 1290.

(2) Papebr. tom. 14, preclim. num. 272.

recer la gloria de desfigurarse, y la ventaja de rasgar su rostro de una manera mas horrible. Aún no estaba consumado este heroico hecho, cuando entraron los mahometanos con espada en mano. Al pronto retrocedieron con horror, pero lanzándose luego sobre aquellas victimas medio inmoladas, dieron muerte á todas. Los frailes menores del convento de Acre fueron degollados con el mismo furor (1).

En el mismo día de la reducción de Ptolemaida, los habitantes cristianos de Tiro abandonaron su ciudad sin combate y se salvaron con sus navios (2). Los de Barut se rindieron sin haber hecho resistencia. En poco tiempo acabó Kalil la conquista de cuantas plazas quedaban á los francos en Siria, y les hizo abandonar sin esperanzas de recobro toda la extensión de aquellas provincias. Tal fué el fruto de tanto oro y tanta sangre prodigada por espacio de dos siglos.

Luego que el Papa Nicolao recibió estas tan tristes noticias, espidió á todos los países cristianos muchas bulas, en las que presentaba del modo mas patético esta desgracia y escitaba á todas las potencias á repararla. También escribió á los soberanos que no estaban en su obediencia, como á los emperadores de Constantinopla y de Trebisonda, á los reyes de Armenia, de Iberia y de Georgia, al kan de los tártaros mogoles, y á uno de los hijos de este que había tomado el nombre de Nicolás haciéndose bautizar. Pero el príncipe tártaro solo había recibido el bautismo á persuasión de su madre, cristiana celosa, llamada Eroc-Caton, y así luego que esta cerró los ojos se hizo musulman y tomó el nombre de Gayatedino. Entre los príncipes de Occidente el empe-

rador Rodolfo dió al Papa algunos instantes de una esperanza bien fundada, y pareció, en fin, querer cumplir con sinceridad su antiguo voto de socorrer á Tierra Santa; mas el efecto de esta devoción tardía quedó impedido por la muerte de este príncipe acontecida en aquel mismo tiempo. Tuvo por sucesor á Adolfo, hijo de Valerano, conde de Nassau.

También murió Nicolao IV en 4 de abril de 1292, y con él se desvanecieron todos los proyectos de cruzadas. Sufrío la Santa Sede una vacante de dos años y tres meses, durante la cual los cardenales se ocuparon en intrigas y negociaciones mas que infructuosas. La súbita muerte del hermano de uno de ellos que acaeció entonces por una caída del caballo, les inspiró reflexiones mas apostólicas (1). «En qué pensamos, dijo Boucamace, cardenal obispo de Túsculo, dejando tanto tiempo á la Iglesia sin jefe? ¿A qué aguardamos para poner fin á nuestras divisiones? Ha sido revelado á un santo varón, añadió el cardenal, que si no elegimos en breve un Papa, la ira de Dios se mostrará terriblemente.» El cardenal Cayetano, que luego fué Papa con el nombre de Bonifacio VIII, dijo sonriéndose: «¿no es fray Pedro de Moron á quien el cielo se ha declarado?» «El mismo es», contestó con gravedad el cardenal, y la santidad de su vida merece que se le dé oídos.» Con este motivo principiaron los cardenales á esplicarse como á porfía acerca de lo que habían oido decir de aquel santo solitario, de sus austeridades, de sus diferentes virtudes, y aun de sus milagros, y pronto se hallaron los ánimos tan bien dispuestos, que todos los votos se reunieron en su favor.

Espidióse sin demora, esto es, el 5 de julio de 1294, el decreto de elección, y

(1) S. Antonin. tom. 3, p. 782; Yading. ann. 1291. num. 1.

(2) Sanut. pag. 231 et 232.

(1) Boll. tom. 15, pag. 449.